

porque para responder hay que escuchar y, además, entender lo que se escucha: ardua tarea que una y otra vez cae en trampas. El olvido es obstinado y cuenta con sus aliados aun entre quienes creen que con sólo ejercitar la memoria le combaten. Escuchar no lo es todo; percibir el rumor no es suficiente. Creer lo contrario es dar de bruces con una metamorfosis del olvido.

Allí están los de la memoria anquilosada, ocupada tan sólo de sí misma, de la singularidad como absoluto, incapaz de ir más allá de su propia cárcel deliberadamente confeccionada. Todo es imposible: cualquier enseñanza, comparación o previsión. Todos los horizontes se agotan en su propia descripción y por tanto cada uno es válido en sí mismo. Pero también están los otros, los que, por el contrario, ignoran las singularidades. La memoria que en la búsqueda de lo general dotado de sentido sacrifica la trascendencia de las historias particulares de todos los muertos. Una memoria que teje sobre el vacío, o mejor dicho, que se teje de “ninguneos” para obtener un resultado optimista de un movimiento general armónico.

Contra unos y otros se argumenta Finkielkraut en este libro. Sobre todo porque hacen de Auschwitz –tema que gravita recurrentemente en las reflexiones de este ensayista francés– lo incomparable por definición, aun cuando se hayan dado situaciones tan terribles como las de Kosovo; o bien, porque incluyen a las víctimas judías en las cuentas alegres del triunfo sobre el fascismo. Finkielkraut parece haber escrito este libro para decir: memoria sí, pero no una memoria reduccionista ni crispada ni vacua, a fin de cuentas hermanas del olvido, la amnesia y la indiferencia. Sí a esa memoria que escucha y, además, entiende la oración de los muertos. Sí

a esa memoria que al fabricar su respuesta nunca pierda de vista que “los muertos nos necesitan para ellos”. \*

**Paul J. Vanderwood**  
**Del púlpito a la**  
**trinchera. El**  
**levantamiento religioso**  
**de Tomochic**

Taurus, México, 2003. 539 págs.

**Javier Bañuelos Rentería**

Pocas regiones del país tienen una historia de rebeldía como la sierra chihuahuense. En el valle al que da nombre el río Papigochi, en la zona oeste del estado, se han registrado al menos tres rebeliones que tuvieron repercusiones a nivel nacional. En 1891 la mayoría de los habitantes del pequeño pueblo mestizo de Tomochic se rebeló contra las autoridades civiles con la firme intención de restablecer el reino de Dios en la tierra, fueron brutalmente reprimidos por el ejército porfiriano. En 1910 mientras Francisco I. Madero fracasaba en sus primeras escaramuzas revolucionarias, Pascual Orozco, reconocido arriero de la región, logró encender en la sierra de Chihuahua la flama revolucionaria que luego se extendió por todo el país. Finalmente el 23 de septiembre de 1965 un reducido grupo de estudiantes, profesores y campesinos intentó tomar el cuartel militar aledaño al pueblo de Madera. Aunque la mayor parte del comando murió en el ataque, su ejemplo sirvió de inspiración a muchos hombres y mujeres que consideraron la guerrilla como la única vía de transformación social.

Estos acontecimientos sugieren la existencia de un carácter, tal vez de una mentalidad, en la que mucho tiene que ver el accidentado proceso de mestizaje que tuvo lugar en esas tierras. La lucha contra los apaches

moldeó la cultura de ese mundo, pero también lo hizo el aislamiento y la ausencia de instituciones fuertes ya fueran religiosas o civiles. Estas condiciones contribuyeron a la formación de una manera de ser, una forma especial de vivir esa doble condición de serrano norteño. La indagación sobre este carácter es uno de los aciertos del nuevo libro de Paul Vanderwood, *Del púlpito a la trinchera. El levantamiento religioso de Tomochic*.

Paul J. Vanderwood forma parte del grupo de historiadores de habla inglesa que en los últimos treinta años ha enriquecido y renovado el conocimiento sobre la historia contemporánea de México. Doctor en historia de México por la Universidad de Austin, Vanderwood es autor de tres libros considerados clásicos en esta materia: *Los rurales mexicanos*, editado en 1982 por el FCE, *Desorden y progreso: los bandidos, la policía y el desarrollo mexicano* editado por Siglo Veintiuno en 1986 y *Los rostros de la batalla: furia en la frontera México-Estados Unidos, 1910-1917* publicado en 1993. Ahora presenta el resultado de una larga y minuciosa investigación sobre los acontecimientos ocurridos en Tomochic en 1891.

Interesado por el estudio del impacto de las fuerzas modernizadoras en las comunidades tradicionales, el autor nos presenta este acto colectivo de rebeldía como “la crónica de un pueblo que trata de entender a un mundo que cambia rápidamente y lo seduce y repele al mismo tiempo, forzándolo a valorar sus creencias y formas de vida tradicionales vigentes durante tanto tiempo contra las fuerzas novedosas, excesivamente dinámicas y atractivas llamadas modernas”. \*